

partidario de los Habsburgos, Federico del Palatinado, se hizo el sordo á las instancias de la corte imperial. Este fué el resultado lastimoso de la prueba del poder imperial y de la jactancia de los españoles, que creían poder conseguir todo lo que quisiesen de los príncipes electores poniéndoles buena cara y dándoles algunos banquetes.

Hay que confesar que los grandes del imperio conservaron, á pesar de todas las humillaciones recientes, cierto sentimiento de dignidad personal y que, aunque tarde, comprendieron la gravísima falta que habían cometido en la elección del año 1519. La duquesa de Rochlitz, mujer viva é inteligente, había escrito ya en 1546 á Mauricio de Sajonia: «La casa de Austria tiene ojos muy grandes, la boca grande también, de modo que todo cuanto vé lo quiere y lo desea devorar.»

En el curso de la historia de Alemania hay más de un momento en que el particularismo, con toda razón criticado, ha resultado provechoso á la colectividad ó sea á la nación. Uno de estos momentos llegó en la época de que aquí tratamos, cuando el poder absorbente de un emperador extranjero amenazaba anular no solamente los resultados de una revolución religiosa sino también las conquistas de una descentralización política, obra lenta de muchos siglos. A la sazón, como al principio de la Reforma, solo los magnates habían sido los sostenedores de la idea nacional; no hay la menor duda de que la nación en general detestaba al gobierno español, y es inútil meditar sobre el caso de que se hubiese entregado la corona de Alemania á Felipe II de España. Basta recordar los padecimientos indecibles de los Países-Bajos y la muda esclavitud de Italia. Los príncipes alemanes que impidieron la sucesión del infante español al trono del imperio trabajaron en beneficio de la patria, no impulsados por pensamientos verdaderamente patrióticos sino porque en este caso coincidieron sus intereses particulares con los de la colectividad.

Por otra parte, no hay que pensar que un político como Carlos V se hubiese dejado apartar de su idea favorita ni por la resistencia de sus parientes ni por el primer descalabro cerca de los príncipes electores. Para hacer renunciar á sus propósitos á este maestro del arte de esperar y de calcular eran menester los medios que él mismo consideró únicamente eficaces, á saber, la astucia y la fuerza bruta, y así sucedió. Por caminos tortuosos y con malas artes la revolución de los príncipes, la última que conmovió á la Alemania en este agitado período, impidió el establecimiento de un poder imperial fuerte, y asegurando la antigua independencia de los miembros del imperio, aseguró también la existencia del protestantismo alemán. Carlos V y sus políticos habían encontrado algunos discípulos entre los alemanes, tan voraces y tan bebedores insaciables. Para salvar la Alemania moderna, la monarquía y el espíritu protestante alemán era menester darles por fundamento intereses puramente dinásticos y de ningún modo nacionales; pero no debemos olvidar que mucho antes de la Reforma y de Carlos V había muerto de decrepitud el sacro imperio romano, y lo que había quedado todavía vivo se irguió contra el anacronismo de la reforma imperial.

CAPITULO III

LA REVOLUCION DE LOS PRÍNCIPES Y SU RESULTADO

El contraste entre la Alemania del Sur y la del Norte ha dejado vestigios profundos en esta nación. Este contraste ha existido siempre vivo, y con cierta sombra de razón se ha podido comparar á los protestantes de la Alemania del Norte en el siglo XVI con sus antepasados los antiguos germanos indómitos. Hasta se ha querido ver en los límites

dentro de los cuales se pudo conservar la Reforma, aproximadamente el antiguo límite entre la Germania libre y la Germania convertida en provincia romana. Sin retroceder tanto, es lo cierto que después de los emperadores de la casa de Sajonia, el Norte de Alemania se fué apartando cada vez más del imperio y frecuentemente tomó enfrente de los emperadores una actitud rencorosa ó indiferente. En el período del desenvolvimiento de las ciudades figuraron poco menos que en campos opuestos los dos grandes grupos de las de la Alemania del Sur y de la liga anseática. Vino la Reforma y revivió en sus comienzos el sentimiento de la nacionalidad arraigándose más pronto en el Mediodía que en el Norte. El mismo Lutero era originario del centro de Alemania y el lenguaje que hablaba era también el alemán del centro; pero en la liga de Smalcaldia prevalecieron los magnates de la Alemania del Norte, y después de la catástrofe se vió claramente dónde estaba la resistencia más tenaz. Magdeburgo se encargó del papel que se había esperado que desempeñaría Estrasburgo, ciudad muchísimo más fuerte. En las ciudades de la cuenca baja del Elba se volvió á manifestar una vez más la antigua resistencia de la raza sajona, que no obstante habría sucumbido irremisiblemente si no hubiera tomado parte en la lucha el elemento aristocrático, que si antes había visto amenazada su posición por el pueblo revolucionario, á la sazón la vió más seriamente amenazada por el emperador. Era natural, pues, que los potentados de la Alemania del Norte levantara la bandera de la revolución viéndose apoyados por las simpatías protestantes, y también era natural que los magnates católicos no se pusieran con igual decisión del lado del emperador, porque éste era el enemigo común de la independencia y de la libertad soberana de los príncipes y demás potentados grandes y pequeños. Estos hasta entonces habían salido beneficiados de todas las agitaciones de aquella época de trastornos religiosos ó sociales, costando mucho trabajo á las ciudades libres el sostenerse al lado de los magnates más elevados. Esta independencia, heredada y aumentada, de los grandes y pequeños potentados apareció súbitamente amenazada por el poder supremo del emperador cuando justamente los potentados con sus consejeros se iban acostumbrando cada vez más á considerarse en sus territorios completamente soberanos.

Al principio de esta obra hemos mencionado el período de la introducción del derecho romano en Alemania, que se verificó desde el siglo XV al XVII, cuando justamente el espíritu alemán trató de sacudir el yugo de la religión romana y se esforzó por formarse una religión nacional. Entonces avanzó triunfante la jurisprudencia romana: se estableció el tribunal supremo del imperio; se introdujo la apelación en las causas civiles, y lenta pero irresistiblemente se romanizaron los tribunales superiores en los diferentes territorios y se entregaron á jurisperitos doctos. En algunas partes se fueron estableciendo en lugar de las antiguas salas de justicia de las ciudades las nuevas facultades de derecho de las universidades. A esto se agregaba que tanto la administración como la diplomacia de los señores territoriales necesitaba cada vez más los servicios de los doctores de derecho, que por lo general pertenecían á la clase media y dependían, por consiguiente, de sus soberanos territoriales, mientras los jueces nobles anteriores habían gozado de los privilegios de su clase. En todos los ramos se sentía la necesidad de orden, de subordinación y de concentración, que en vano se habían deseado introducir en el imperio. Pero á medida que los miembros del imperio se fueron haciendo soberanos procuraron también realizar en sus territorios lo que no habían dejado establecer en todo el imperio, á saber: un gobierno absoluto, y perfectamente organizado. Cuando los gobiernos locales

impusieron su autoridad en las cuestiones de orden público, económico y demás, sustituyéndola á la autonomía de las clases y de los gremios, los príncipes quisieron enseñorearse de todo el territorio que les pertenecía, sin permitir grandes excepciones, ni siquiera las de súbditos de otros soberanos siempre que viviesen en los territorios de los señores que se consideraban dueños del país.

Ya hemos dicho repetidas veces hablando de las iglesias territoriales que éstas facilitaron la organización de la autoridad soberana en los diferentes territorios. Las autoridades eclesiásticas nuevas en los países protestantes, que se establecieron bajo el nombre de consistorios por primera vez en la Sajonia electoral (1539 á 1542), tenían evidentemente un carácter tanto más monárquico, cuanto que fuera de los asuntos eclesiásticos les fueron encargados también otros civiles. Por mucho que la jurisprudencia se esforzara, á pesar de la primacía del dueño del territorio en materia religiosa, en conservar una gran parte del derecho canónico en concepto antiguo, como cuando protestó energicamente contra las secularizaciones, siempre tuvo que someterse á la organización general del Estado y á las disposiciones del dueño territorial. Estos pequeños soberanos absolutos se apropiaron de la teoría jurídica lo que convenía á sus intereses, y aunque á ellos les agradaba estar por encima de todas las leyes, no quisieron reconocer este derecho en el emperador, que no dejaba á los señores territoriales del imperio sino la posición de magistrados. Los potentados territoriales del imperio estaban acostumbrados desde mucho tiempo á tratar directamente sin consultar á nadie con los representantes de potencias extranjeras y á enganchar y sostener hombres de armas; habría sido un grandísimo error poner á un mismo nivel á estos duques y marqueses alemanes con los personajes que llevaban idéntico título en España ó Francia, y justamente á esto parecían tender las arbitrariedades del emperador triunfante y el comportamiento de los individuos extranjeros que le rodeaban. Si los potentados del imperio más ó menos soberanos echaron mano á las armas fué para defender su independencia y de ningún modo en favor de sus súbditos, ni mucho menos de la nación alemana.

Verdad es que su espíritu de clase había sido ofendido por Carlos V de una manera imperdonable, como por ejemplo en el caso de tener presos á dos príncipes alemanes á pesar de todas las súplicas é intercesiones. Por mucho que este rigor pareciese al emperador una necesidad política ineludible, siempre manifestó con su mal tratamiento premeditado del landgrave de Hesse su carácter despótico y nada noble, con una brusquedad en extremo imprudente. Con frecuencia había demostrado que para satisfacer su índole vengativa todos los medios le parecían buenos, de lo cual buen ejemplo tenían los rebeldes españoles como también los soldados mercenarios amotinados en Augsburgo, á cuyos jefes primero perdonó, haciéndoles luego excitar mañosamente á hacerse culpables de lesa majestad para que pereciesen en el patíbulo. En su modo de tratar á su prisionero Juan Federico de Sajonia alternó con mucha frecuencia una complacencia premeditada con la dureza más indigna, y fueron menester toda la confianza en Dios y toda la dignidad personal de este príncipe para conservar durante los largos años de su cautiverio su dignidad varonil, que no dejó de impresionar á amigos y enemigos en perjuicio del emperador. Juan Federico rechazó una vez una proposición de sus amigos ó servidores fieles que querían que se evadiese empleando medios mágicos, al parecer infalibles, diciéndoles que no quería acudir á semejantes medios diabólicos, porque su libertad y su vida se hallaban en la mano de Dios. Con todo, la situación de este príncipe, que hallándose preso podía tener en su compañía á su favor

Lucas Cranach y que también pudo ser retratado por Ticiano, era incomparablemente mejor que la de su compañero de infortunio Felipe de Hesse, que se vió noche y día rodeado, vigilado, molestado é insultado por sus guardas españoles; porque apenas se arrimaba á una ventana, miraban también por ella dos soldados españoles y cuando dormía se relevaban las guardias en su aposento con tambores y pífanos, sin omitir el descorder las cortinas para convencerse bien de la presencia del preso en su cama. En vano el landgrave trató de conmovir al emperador aceptando el *Interim* voluntariamente y prometiendo que si se le dejaba ir por algunos meses á su casa, asistiría puntualmente á la misa y daría así á sus predicadores y súbditos un ejemplo eficaz. Nada de esto se le concedió, y en cambio se le obligó á asistir puntualmente al servicio divino los domingos. Cuando resultó también vana la esperanza que había puesto en la intercesión del infante Felipe y cuando se le dijo que solo recobraría su



Medalla de oro con el busto del marqués Alberto (Alcibíades) de Brandeburgo

Inscripción del anverso: D. G. ALBERTVS. MARCHIO. BRANDENBURGENSIS. ZC. — En el reverso el escudo con los tres yelmos y la inscripción: NE. QVID. NIMIS. M. D. XXXIII. ET. (atis). S. (ue). XIII. — Museo Numismático de Berlín.

libertad en su lecho de muerte, empezó á ocuparse más seriamente en proyectos de evasión; y habiendo salido mal una tentativa de esta clase emprendida en Mecheln, el emperador ordenó al presidente Viglius que amenazara al príncipe con sacársele la confesión de la verdad con rigor, dejando entrever que por rigor se entendía la aplicación del tormento. Viglius hizo lo que se le había mandado y tuvo la satisfacción de ver llorar al landgrave, y hasta podemos creer que el desgraciado estuvo repetidas veces á punto de suicidarse. Sus hijos temieron que el cautiverio aniquilara á su padre corporal é intelectualmente y sobre todo si se le llevaba á Italia ó España.

Semejante conducta, empleada no ya por un populacho triunfante é inhumano, sino por un emperador victorioso, despertó la creencia de que su intención no se limitaba á vengarse en la persona del landgrave sino que quería humillar en ella á todos los príncipes y magnates de Alemania. Esta idea se generalizó hasta en países católicos. También corrió la voz de que el emperador se había apoderado de la persona del landgrave con engaño. Sin embargo, más efecto en la opinión pública causó el infortunio del cautivo elector de Sajonia, que había caído con las armas en la mano por traición en poder del emperador y que se había mostrado en todas las cuestiones firme como un mártir de su fe protestante, adquiriendo una especie de aureola que le hizo héroe de leyendas. Hubo quien pretendió ver su imagen en las nubes y en una profecía se anunció que ceñiría todavía la corona imperial. Esto en cuanto al pueblo; á los príncipes impresionaron más la suerte del desgraciado landgrave y el ningún éxito de los esfuerzos en favor suyo. Los magnates aliados

de Carlos V tampoco podían creerse seguros, como lo probó el emperador negando en Bruselas á Erico de Brunswick el permiso de pasar por Francia en su viaje á España. Erico fué arrestado y hubo de obligarse á efectuar su viaje siguiendo una ruta minuciosamente prescrita, por lo cual prefirió regresar á su país. Carlos V consideraba un peligro continuo que los potentados alemanes, cuya penuria constante conoía, entrasen en relacion con el extranjero y sobre todo con Francia, como lo habia demostrado la ejecucion del capitán Vogelsberger. Lo sucedido al duque de Brunswick causó grandísimo disgusto entre los magnates alemanes.

El marqués Alberto de Brandeburgo habia aceptado el *Interim* con entusiasmo y se recomendó además como excelente cristiano católico; pero esto no le impidió enganchar, contra la prohibicion del emperador, hombres de armas por cuenta del extranjero, perdiendo de esta manera completamente el favor imperial. Entonces el marqués estudió la manera de pagar en la misma moneda, es decir, con ingratitud, al emperador.

Carlos V creyó que podia emplear mas rigor soberano con la generacion jóven de los potentados alemanes, pues que su juventud no le inspiraba ni siquiera el escaso respeto que tenia á los viejos, acostumbrados á mayor independencia y consideracion; pero no consideró que su propia política, las luchas religiosas y feroces de los partidos, y sobre todo la poca conciencia de la aristocracia alemana habian rebajado el sentimiento del honor en esta clase, que de repente se encontró deslumbrada por la corte imperial, despótica é incansable. Era una situacion hasta cierto punto semejante á la que habia existido en tiempo del gran emperador Federico II, cuando la política italiana deslumbró y desconcertó á los magnates alemanes.

Era natural que los príncipes alemanes, viéndose amenazados, se dirigieran ante todo á la Francia, que era la potencia extranjera que habia admitido entre sus elementos políticos la proteccion al particularismo aleman; y en efecto, encontramos ya á principios del año 1548 cerca del rey de Francia Enrique II enviados del duque Oton de Brunswick-Harburg, hijo de Enrique de Luneburgo, que tan amigo fué de Francia; mas esta vez Enrique II, que estaba en guerra con Inglaterra, dió una contestacion evasiva, recomendando primero la formacion de una alianza entre los príncipes de la Alemania del Norte y la Polonia. En efecto, se abrieron negociaciones entre el jóven landgrave de Hesse, el marqués Juan de Custrin, el duque Alberto de Prusia y el jóven rey de Polonia, Segismundo Augusto, siendo tambien admitido en el secreto el elector Mauricio, si bien con mucha desconfianza. El alma de estos proyectos, en los cuales se creía que entraria Dinamarca, era el marqués Juan, el cual no se creía muy seguro por haberse negado decididamente á admitir el *Interim*, y además conoía la codicia con que el rey Fernando miraba los señoríos de Crossen y Cotbus, y se le habia dicho que su propio hermano Joaquin se habia declarado pronto á encargarse de la ejecucion del decreto dictado contra él. Continuaba fuera de la ley el duque de Prusia y la contingencia de la ejecucion de este decreto dió que pensar al rey de Polonia por los compromisos que le podia atraer respecto del emperador, al paso que la reforma religiosa avanzaba á la sazón en Polonia á causa de las pretensiones de independencia de una gran parte de la nobleza.

A todo esto se agregaban las excitaciones de muchos agentes en Francia, donde además de los patriotas expulsados de Florencia y de otras ciudades italianas, estaban los refugiados alemanes como Scharlin, emigrado de Basilea, declarado fuera de la ley y que habia escapado ya repetidas veces de manos de asesinos. En las ciudades anseáticas y en In-

glaterra conspiraban Jorge de Heideck y el conde Volrad de Mansfeld, que experimentó en el parlamento de Augsburgo el rencor del emperador, teniendo que esperar su admision aguardando largas horas á la puerta de Granvela. Tambien se ofrecieron decididas al lado de Magdeburgo para resistir al emperador con sacrificio de vidas y haciendas muchas ciudades de la Alemania del Norte, como Hamburgo, Bremen, Luneburgo y Brunswick, que estaba en guerra contra su soberano el duque Enrique. Además estaban dispuestos á la lucha los hijos del elector cautivo, acérrimos contrarios del *Interim*, y de los cuales el mayor, Juan Federico, soñaba con hacer una guerra sin cuartel á los obispos, eclesiásticos, frailes y otras «salandijas» por el estilo y á la ciudad de Nuremberg, á la cual llamaba «pozo de maldad,» donde se proponia no dar cuartel mas que á los predicadores. No se expresaba en términos tan feroces el pacto de alianza defensiva en que convinieron en febrero de 1550 Juan de Custrin, Juan Alberto de Meklenburgo y Alberto de Prusia, cuando éste celebró sus bodas en Königsberg; mas ¿qué podia hacerse con los pocos cientos de jinetes que los citados magnates prometieron reunir, cuando se volvió á perder la esperanza de auxilio enérgico de Dinamarca, de las ciudades anseáticas y de varios príncipes y señores? En cambio circularon noticias amenazadoras del campo imperial, anunciando que pronto llegaria el emperador á poner á raya á los «tunantes» luteranos; y el marqués Juan escribió al canciller de Pomerania que la tempestad alcanzaria á todos y no perdonaria á ninguno.

Este marqués procuró tener alejados de la alianza dos elementos cuyo auxilio ó enemistad era decisivo, á saber: Mauricio de Sajonia y el jóven Alberto de Brandeburgo. Se comprende que á un protestante sincero y convencido como Juan de Custrin repugnarán colegas como los citados que se refían de la religion y de la moral, y con razon escribió una vez: «Dios quiera que no llegue para los príncipes alemanes el día en que no respeten ya ni conciencia ni honor.» Mauricio y Alberto habian sido en el parlamento de Augsburgo adoradores de una hermosa mujer de esta ciudad, lo que dió lugar á muchas habillitas en la poblacion, de modo «que bien podia reirse el diablo,» segun dijo Sastrow; y dos años despues corria por el país entre los mismos magnates la fábula de que Satanás se habia sentado en forma de hermosa doncella al lado del marqués en uno de sus banquetes, y que el mismo Alberto se habia jactado en público de que no queria ser servidor de Dios sino del diablo. Estas jactancias brutales no eximian de supersticion ni de arrepentimiento y conversion enfrente de la muerte; pero en vida aquellos hombres, una vez sacudido el freno eclesiástico, eran verdaderos salvajes, para los cuales no habia nada sagrado sino lo que se relacionaba con su egoismo. Alberto se mostró tan pronto partidario como adversario del emperador y Mauricio acabó de justificar su fama de Judas cuando emprendió en otoño de 1550 la ejecucion de la declaracion de fuera de ley expedida contra la ciudad de Magdeburgo, á lo cual le indujo al fin la propagacion del movimiento belicoso de la Alemania del Norte al país de Magdeburgo. Probablemente Mauricio no tuvo parte en este acontecimiento, que fué originado por el duque Jorge de Meklenburgo, el cual no cedia ni en osadía ni en perfidia á Mauricio y Alberto. Jorge habia desenvainado la espada en la primavera primero contra su hermano y despues contra la ciudad de Brunswick, con la cual habia estado guerreando su propio soberano, que habia tenido que renunciar á esta guerra por orden del emperador. El belicoso duque de Meklenburgo se dirigió con algunos miles de hombres al arzobispado de Magdeburgo y derrotó completamente cerca de Hillersleben á los rebeldes. En se-

guida se apresuró Mauricio á poner la hueste vencedora bajo sus órdenes, suplantando así al jefe el jóven duque Jorge y consiguiendo con esto dos resultados: un buen pretexto para no presentarse en el parlamento y un medio de ponerse á la cabeza de una fuerza armada que podia servirle hasta para el caso de que sus negociaciones con el rey de Francia llegaran á conocimiento del emperador.

Mauricio, jóven ambicioso en extremo y convencido de su fuerza superior, no pudo menos de conocer que mientras el emperador se sostenia en su poderío no podia subir mas el nuevo elector de Sajonia, quedando al contrario siempre expuesto á perder lo que habia ganado; y ya hemos visto los desengaños que experimentó tocante á la guerra de Smalcalda y cómo se habian escapado de sus manos Magdeburgo y Halberstadt, mientras su hermano Augusto habia tenido que renunciar tambien á la administracion del obispado de Merseburgo. Mauricio estaba acosado incesantemente del temor de que el elector desposeido Juan Federico recobrará su libertad, cuando su propio suegro, el landgrave Felipe, continuaba cautivo, teniendo además Mauricio y Joaquin el penoso encargo de prender á sus hijos en el Hesse. Tambien le daban motivo de temor lo que oía de las intenciones de la corte imperial, el rumor de que se suprimiria el derecho sajón, de que se mandarian devolver los bienes de los conventos secularizados, y finalmente, el objeto que se atribuía á la llegada del infante Felipe á Alemania, respecto del cual se decia que seria mejor para la Alemania que tuviese un solo soberano en lugar de tantos tiranuelos, que no sabian mas que atormentar á sus súbditos y no se ocupaban en nada seriamente. Otro motivo de temor era la imposibilidad de resolver la contradiccion entre los proyectos religiosos reaccionarios del emperador y el odio de los protestantes al *Interim*, siendo el peligro principal de Mauricio la desconfianza con que le miraban no solo sus propios súbditos sino todo el mundo. Esto le impulsó á buscar y preparar auxilio en todas partes y para todas las contingencias, á cuyo fin arregló en marzo de 1550 sus divergencias con su hermano y se entendió tanto con el marqués Alberto, que tenia reunida una fuerza armada respetable, como con el príncipe elector Joaquin, que habia conseguido obtener para su hijo la sucesion en el arzobispado de Magdeburgo. En estos arreglos los príncipes cometieron los mayores excesos groseros y materiales, lo que no les impidió tener siempre la vista fija y conservar el necesario disimulo en sus negocios personales y egoistas. El jóven marqués Alberto, muy querido de su primo de Prusia, fué encargado de espiar aquella alianza ó liga de príncipes formada en las bodas de Königsberg, y Mauricio, mientras trabajaba por dar libertad á su suegro, hizo practicar por agentes hesseses una primera tentativa cerca del rey de Francia Enrique II para ganar por la mano á los aliados de Königsberg y procuró llegar á una inteligencia con la rama menor de Sajonia.

Las noticias que circulaban sobre negociaciones de príncipes alemanes con el rey de Francia habian despertado los recelos de Mauricio, justamente á principios de 1550, de modo que menos que nunca pudo adherirse al partido del emperador, porque bien podia suceder que el cautivo elector Juan Federico recobrará su libertad con el auxilio francés, contingencia que jamás perdió de vista este pequeño maestro de política astuta. Meditando sobre este punto de vista comprendió que ni el gobierno francés ni los magnates aliados en Königsberg querian tener trato con él. En esta situacion, aprovechando el ataque del duque Jorge de Meklenburgo contra Magdeburgo y antes de que pudieran mezclarse en el asunto Juan de Custrin y otros príncipes y ciudades del Norte de Alemania, se presentó, y al poco tiempo le acompañaron

tambien el elector Joaquin y el marqués Alberto, enfrente de Magdeburgo. Despues de algunas negociaciones con los rebeldes que no dieron resultado se comenzó el sitio, á pesar de que los estamentos de Sajonia negaron á su soberano su auxilio. Sin embargo, en diciembre se concedió por el parlamento alguna suma de importancia para esta operacion, siendo nombrado Mauricio jefe de la campaña. Entretanto se habia operado un cambio decisivo en la política de la rama albertina, que alargó la mano á la liga de la Alemania del Norte, impidiendo así que estallara una guerra abierta entre los príncipes protestantes; y en lugar del pensamiento hasta entonces dominante de limitarse á la defensiva, se tomó la atrevida resolucion de pasar á la ofensiva á favor del protestantismo.

Mauricio, mientras se preparaba á marchar contra las tropas reunidas en Bremen y Verden por los príncipes aliados, comunicó por primera vez y verbalmente á los agentes hesseses, hablando de la alianza con Francia, su firme resolucion de conservar su posicion, manifestándoles que antes de perderla haria prodigios, rebajándose á todo lo que pudiesen el emperador, la reina María y sus consejeros. En 17 de diciembre declaró su voluntad por escrito á los habitantes de Hesse en estos términos: «En todo este asunto lo peor es la gran desconfianza, y si no desaparece, podemos dar por perdida la Alemania. Mis compañeros y yo necesitamos un jefe supremo que nos guarde las espaldas, y de cualquier lado que caigamos destruiremos los planes de nuestros adversarios ó echaremos la baraja al fuego.» De esta carta fueron enviadas copias á todos los miembros de la alianza y á un gran número de capitanes que mandaban gente armada en la cuenca del Weser, como Juan de Heideck y Volrad de Mansfeld, con los cuales se negoció, y si se llegó á una accion no fué seria hasta que Heideck se pasó con una buena parte de gente armada en enero de 1551 á las banderas del elector Mauricio delante de Magdeburgo. Entretanto, en 19 de diciembre, los sitiados habian efectuado una salida feliz en la cual fué herido y hecho prisionero Jorge de Meklenburgo; pero mientras se celebraba esta victoria en la ciudad echando las campanas á vuelo y haciendo salvas de artillería, contestaron del campamento otras salvas de alegría que saludaron el regreso de Mauricio con refuerzos.

El *ultimatum* dirigido por Mauricio á los súbditos de Hesse habia causado efecto entre los príncipes aliados; Juan Alberto de Meklenburgo empezó á tener confianza en Mauricio, y Juan de Custrin renunció, si bien vacilando, á su resistencia cuando la llegada de un embajador imperial le reveló toda la gravedad de la situacion. El emperador pedia decididamente obediencia, tanto en asuntos eclesiásticos como en los civiles, á lo cual contestó el marqués que esto seria usurpar la jurisdiccion de Dios y que el emperador no tenia poder sobre su conciencia. Entonces los aliados recordaron como pocos años antes Granvela el menor habia declarado en términos precisos al canciller de Pomerania que el emperador no permitia discusiones tocante al *Interim*, en el cual no se cambiaria ni una letra; que se trataba simplemente de decir sí ó no, de paz ó de guerra. No obstante su repugnancia, Juan de Custrin se decidió á trasladarse á Dresde para entenderse personalmente con Mauricio, con lo cual renunció á su papel de jefe de la alianza contra el emperador. La seguridad que dió Mauricio no fué bastante para acallar todas las dudas; pero era preciso admitirla, sobre todo desde que Juan Alberto no habia encontrado ningun apoyo en la corte de Dinamarca. El marqués Juan hizo cuanto pudo para advertir al nuevo aliado, el elector Mauricio, que por lo pronto conservó el mando en jefe contra la ciudad de Magdeburgo, que no se fiara del clero y de sus defensores, que

de buena gana tomarían un baño de sangre de protestantes.

No fué culpa de Mauricio la lentitud con que consintieron los demás príncipes aliados y de que no se llegara á una completa inteligencia con la rama ernestina (los hijos del elector cautivo), inteligencia que le interesaba mucho con sobrado motivo. El elector cautivo escribió entonces á una persona de su confianza que de ninguna manera quería ser libertado por Mauricio aunque éste lo quisiese hacer; mas á pesar de esto Mauricio consiguió en mayo en una entrevista que tuvo en Torgau con Juan Alberto y el joven landgrave Guillermo que fuesen considerados y tratados como enemigos los hijos del elector cautivo si no entrasen en la alianza ó no prometiesen mantenerse neutrales. Con esto logró Mauricio la seguridad necesaria, y además fué enviado á Francia el caballero Federico de Reiffenberg, jefe de soldados mercenarios y declarado por el emperador fuera de la ley, para tratar con el rey Enrique II á fin de que concediera un subsidio mensual pecuniario de 100,000 coronas por lo menos, ofreciéndole en cambio el auxilio de los príncipes para ser elegido rey de Romanos, ó sea sucesor del emperador. El enviado señaló como causa de toda la empresa que el emperador quería sujetar á la nación alemana (1) á una servidumbre bestial.

Todo dependía del buen éxito de estas negociaciones, habiendo además deseos de entablarlas también con Dinamarca, Inglaterra, Suecia y Polonia; pero lo positivo era que la revolución de los príncipes había encontrado su jefe en la persona de Mauricio, que sin dejarse detener por escrúpulos religiosos ni políticos, como miembro del imperio estaba decidido á convertir la defensiva en ofensiva. A pesar de que Juan de Custrin y otros compañeros detestaban al salvaje marqués Alberto como impío y venal, procuró Mauricio atraersele cada día mas activando su casamiento con Lucrecia, la opulenta princesa de Ferrara, que después fué duquesa de Urbino y protectora de Tasso, mientras que Alberto para obtener la dispensa del Papa estaba dispuesto, como lo hizo Mauricio, á prometer al Papa secretamente su obediencia. No hay que decir que también continuó prometiéndola al emperador é indicando como de paso que su fidelidad y afecto á la casa de Austria eran muy criticados. Claro es que en la corte imperial no se daba crédito á estas seguridades, pero se creían efecto del temor de que recobrará su libertad Juan Federico y por lo demás no se le juzgaba bastante osado para rebelarse contra el emperador.

En cautela y disimulo podía rivalizar Mauricio con los mas viejos diplomáticos españoles é italianos, pues prefería negociar personal y verbalmente sin asistencia de consejeros, en la seguridad de que sabía dominarse. Ni siquiera comunicó sus pensamientos á su consejero confidente Carlowitz, por ser demasiado adicto al emperador, bien que era contrario al plan español de sucesión, por cuya razón se le había enviado en diciembre de 1550 para felicitar á Maximiliano por su regreso de España. La divergencia entre los Habsburgos con motivo de esta sucesión favoreció mucho los proyectos de Mauricio, el cual recibió comunicaciones tan confidenciales de Maximiliano, que no se atrevió á confiar su contestación al papel. Es indudable que su conducta era enteramente agradable á Fernando y á su hijo, y este último justamente entonces fué acusado en la corte de Carlos V de amigo del gobierno francés. Los deseos de Maximiliano y de Mauricio, al cual aquel llamaba su mejor y mas querido amigo, concordaban en muchos puntos, y Mauricio había exigido precisamente en sus entrevistas con el marqués Juan, en

(1) Es decir, á los magnates.

Dresde, que de ningún modo se hostilizase al rey de Bohemia (Maximiliano). No obstante todo esto, continuó siendo la base principal de la política de Mauricio el auxilio francés. En las citadas entrevistas de Dresde se había reservado Mauricio para sí y para los demás aliados el derecho de servir al emperador y á su hermano tanto contra los turcos como contra el Papa, en caso de que la Francia negara su auxilio; pero no por esto desconocía las dificultades de semejante cambio, y después de la llegada del embajador francés escribió al marqués de Custrin que si las negociaciones con Francia fracasasen, los príncipes alemanes perderían para siempre la esperanza del auxilio; «nos hallamos, decía, en tan grave compromiso que no tendríamos mas alternativa que el suicidio ó la fuga.»

La extremada codicia de los Habsburgos excitó la resistencia en todas partes y en las circunstancias mas diversas, sin que por esto se supiesen siempre unir los elementos contrarios, porque en ocasiones convenía á muchos ponerse de parte del emperador, como sucedió mas de una vez á la corte de Inglaterra, al Papa y á los protestantes alemanes. Sin embargo, todo el mundo protestaba contra el siniestro *Plus Ultra*, y también sabía, quizás mejor que el mismo emperador, cuán imposible le era hacer frente á un gran número de adversarios.

Después de los repetidos fracasos que Carlos V había sufrido en sus choques con el imperio turco, fué ciertamente mucho atrevimiento el que tuvo al renovar las hostilidades contra la Turquía en el momento en que amenazaban renovarse con Francia. Verdad es que un sucesor de Keredin en el Norte de Africa, llamado Dragut, había dado motivo mas que sobrado con sus piraterías en las costas españolas é italianas para que se le castigara ejemplarmente; pero cuando en setiembre de 1550 los españoles é italianos en unión con la orden de San Juan tomaron la ciudad de Medeah en Túnez, quedó resentida irremisiblemente la paz con el imperio turco, cuya paz formaba la base, como dice Ranke, de toda la política del emperador Carlos V. En el verano siguiente una escuadra turca atacó las plazas principales de los caballeros de la orden de San Juan; se sostuvo Malta, pero Trípoli, conquistada por los españoles en tiempo del cardenal Cisneros, cayó en poder de los turcos. Esta pérdida pareció casi compensada con la adquisición de la Transilvania por el rey Fernando, porque Martinuzzi, que vió comprometida su posición por los turcos y por la viuda de Zapolya, procuró unirse estrechamente á la casa de Austria. Aquel fraile completamente desacreditado como traidor incorregible, se hizo sospechoso de nuevo cuando volvió á entrar en relaciones con los turcos con motivo de una invasión de estos en el Banato, y habiendo sido entonces elevado al cardenalato, fué asesinado con el expreso asentimiento del rey Fernando por oficiales italianos. Desde entonces perdió terreno el dominio austriaco en la Transilvania y al propio tiempo volvieron á pelear en la Italia del Norte las tropas del emperador con las del rey de Francia después que el Papa, en mayo de 1551, comenzó la guerra contra el indómito Farnesio. La citada expedición turca en el mar Mediterráneo había sido emprendida de acuerdo con la Francia. Julio III, que para acallar los clamores de todo el mundo pidiendo paz se había acercado al emperador, se vió amenazado por causa de esta aproximación con un concilio nacional francés, y el rey Enrique habló públicamente del Papa en términos despreciativos. En Inglaterra fué derribado para complacer á Carlos V el antes tan poderoso Somerset; pero el conde de Warwick, que con el título de duque de Northumberland ocupó su puesto, no detuvo el progreso robusto é incesante del protestantismo

como Iglesia nacional. Se volvió á amenazar á la princesa María, la cual se mantuvo inquebrantable, á pesar de que su hermano el rey hizo los mayores esfuerzos para convertirla como nuevo adalid entusiasta de la doctrina anglicana, habiendo además celebrado tratados de paz y amistad con Francia. En resumen, la situación política del emperador era mas desfavorable que lo había sido desde muchos años antes y en cambio convidaba á una alianza franco-protestante.

A pesar de esto, fueron muy lentas las negociaciones de los príncipes alemanes con Francia, aun después de haber llegado al país de Hesse en agosto de 1551 Juan de Fresse, obispo de Bayona, en calidad de embajador del rey francés. Era evidente que el rey Enrique II, que no podía tener verdadera confianza en los alemanes, manifestó al enviado Reiffenberg su asombro de que los príncipes del imperio tardasen tanto en vengar á la nación alemana de los ultrajes que recibía del emperador, cuando antes los magnates alemanes habían sido tan quisquillosos. El ya citado guerrero proscrito Sebastian Scharlin aconsejó á los príncipes aliados que no espantasen al rey de Francia pidiéndole demasiado dinero; pero Mauricio daba en cambio la mayor importancia al llamado nervio de la guerra, y no quería arriesgarse en una corrienta que no podía atravesar ni á nado ni vadeando, sobre todo teniendo por adversario al emperador, que no podía ser vencido en cuatro ó cinco meses. A esto se agregó que Mauricio y el marqués Juan, siendo de caracteres opuestos, rompieron abiertamente en la reunión de Lochau, en la cual tomaron parte, además del obispo de Bayona, Juan Alberto de Meklenburgo y Augusto de Sajonia. Estaba ya todo arreglado y convenido en aquella reunión, cuando por la noche al vaciar sus copas ocurrió el choque entre Mauricio y Juan, siendo el principal motivo que Mauricio quería ser el director de la empresa anti-imperial y el marqués tenía la misma pretensión como fundador de la liga. El marqués se retiró, y la traición que sospechaba de parte de Mauricio fué cometida por él, pues con su retirada, y habiendo empezado la lucha, se aproximó al emperador.

Entretanto se sentaron en Lochau en 3 y 5 de octubre las bases principales de la alianza con Francia. Esta alianza francesa tenía por base la ofensiva; tratábase solo de fines políticos y se eliminaron completamente las cuestiones religiosas diciéndose que correspondía su solución únicamente á Dios. El rey Enrique quería evitar á toda costa el apoyar pretensiones protestantes, y los príncipes alemanes de la alianza tuvieron que declarar posteriormente que á nadie hostilizarían ni forzarían con motivo de religión, y que nada se apropiarian injustamente. El objeto verdadero que llevaba el auxilio francés no era tanto la promesa de los príncipes de dejarse dirigir en la próxima elección de emperador por los deseos de Francia, como la cesión de las ciudades de Cambray, Metz, Toul y Verdun, es decir, de las ciudades cuyos habitantes no hablaban alemán. Vergonzosa era esta promesa de ceder á la Francia, sin la menor apariencia de derecho, territorios del imperio, pero mas vergonzosa todavía era la hipocresía y adulación rastrera por parte del rey cristianísimo que pretendía portarse en este asunto no solamente como amigo sino como un padre cariñoso del pueblo alemán, á lo cual agregaron los aliados el deseo de someterse al protectorado «perpétuo» de la Francia. Para justificar en algo esta villanía de los aliados de Francia se ha querido citar en su abono el ejemplo de la moderna Italia, cuyo estadista mas grande, para obtener el auxilio indispensable de la Francia en su obra nacional, se vió obligado á ceder á esta potencia la Saboya y Niza; pero si Cavour hizo este doloroso sacrificio para fines nacionales, no lo hicieron así los príncipes alemanes, que fueron impulsados exclusivamente por sus intereses

egoístas y personales, sin moverse por intereses religiosos ni menos por los intereses generales de la nación alemana. En cambio hay que decir en su abono que no tenían ya sentimiento nacional ni consideraban el imperio como patria, y hasta el mismo emperador, el representante de esta patria y nacionalidad, sacrificó sin el menor escrúpulo los intereses nacionales de los alemanes á sus intereses españoles y dinásticos. Carlos V, interviniendo en la cuestión de Holstein y de Prusia en perjuicio de Alemania y separando además casi completamente del imperio los Países-Bajos y el Milanésado, mientras hablaba continuamente de su solicitud por la prosperidad y el honor del imperio, fué tan hipócrita como Mauricio de Sajonia. La verdad era que los intereses del sacro imperio romano-germánico eran distintos, tanto de las ideas de los Habsburgos, que ambicionaban fundar una monarquía universal, como del mezquino egoísmo de los potentados alemanes, que aventajaban al emperador solo en cuanto se oponían al dominio extranjero.

Estos príncipes rebeldes se ocuparon también en cosas que en los sucesos del tercer decenio de aquel siglo habían relegado al segundo término y resucitaron en primer lugar el antiguo deseo de una secularización en grande escala de bienes de la Iglesia. En la entrevista de Dresde se había hablado entre Mauricio y el marqués de Custrin de la manera de expulsar de Alemania á los frailes y á todo el clero; pero no contentos con esto se dirigieron las miradas codiciosas de los príncipes, sobre todo después de lo ocurrido en la guerra de Smalcalda, contra las ciudades, diciendo un confidente del elector en un dictamen que era menester herir en el corazón al emperador y al rey como los enemigos mas encumbrados del imperio, es decir, sin tener misericordia de sus principales apoyos, que eran el clero alto y bajo, los comerciantes y demás, á quienes se debía exterminar sin dejar escapar ni uno, debiendo expedirse mandatos para apoderarse de los bienes del clero. Para comprender mejor por qué se equipararon al clero los comerciantes, hay que recordar que muchos príncipes y señores territoriales dependían hasta un grado vergonzoso de los capitalistas de las ciudades, y que entre la clase noble y aristocrática se tenía á las ciudades como focos de rebeldía y soberbia, á manera de los suizos. Se consideraba la guerra de Smalcalda y la de los campesinos como obra de las ciudades independientes, enemigas de la nobleza, y como ejemplo de actualidad se citaba la rebelión de Magdeburgo.

Mauricio era demasiado político práctico y positivista para comprometerse en un sentido determinado. En 9 de noviembre de 1551 hizo su entrada en Magdeburgo después que la ciudad se hubo obligado, sin hablar de rendirse, á someterse al emperador y al imperio, reconociendo secretamente al príncipe elector por su señor hereditario en cambio de la promesa de asegurar á la ciudad el ejercicio de su religión protestante. Mauricio no licenció su fuerza armada, sino que la aumentó todavía con una parte de la guarnición de Magdeburgo por si acaso le conviniese cambiar súbitamente de bandera. Por una parte prometió al emperador visitarle próximamente y por otra continuó negociando con Francia, con lo cual inquietó en gran manera á sus aliados, que le conjuraron no les abandonara «por amor á los alemanes todos y hasta, por decirlo así, por amor á Cristo.» Acababa entonces justamente de ceder á las instancias del emperador y de enviar sus representantes al concilio de Trento, menos á sus teólogos, en especial á Melancton. Precedióle y le dió el ejemplo en octubre de 1551 el elector Joaquín, á fin de conseguir para su hijo el arzobispado de Magdeburgo, y le siguieron representantes del joven duque Cristóbal de Wurtemberg, que á la muerte de su padre, ocurrida en 6 de no-